

LA
SOCIEDAD
JANE AUSTEN

La Sociedad Jane Austen

Título original: *The Jane Austen Society*

THE JANE AUSTEN SOCIETY by Natalie Jenner

© 2020 by Natalie Jenner. By arrangement with the Author.

All rights reserved.

© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdesedaeditorial

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Michael Storrings

Ajustes de cubierta: Rasgo Audaz

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: hombre (izquierda) ©Sally Mundy/Arcangel;

mujeres ©Laura Kate Bradley/Arcangel; hombre (derecha) ©Rekha

Arcangel/Arcangel; casa ©PhotoFires/Shutterstock; árboles

©Richard Nixon/Arcangel; flores ©Zhanna Smolyar/Shutterstock y

©Ledelena/Shutterstock; textura ©Chursina Viktoriia/Shutterstock

Primera edición: enero de 2022

Segunda edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-17626-55-6

Depósito legal: M-32093-2021

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

NATALIE JENNER



LA
SOCIEDAD
JANE AUSTEN

Libros de
seda



Para mi marido.



*¿Quién heredará Inglaterra?
¿Los hombres de negocios, que la dirigen?
¿O las personas, que la comprenden?*

LIONEL TRILLING



Capítulo 1



Chawton, Hampshire

Junio de 1932

Se recostó en el muro de piedra, con las rodillas en alto, y estiró la columna contra la roca. El canto de los pájaros atravesaba el aire de la mañana con pequeños chillidos que le martilleaban el cráneo. Allí tumbado, en silencio, con el rostro vuelto al cielo, era capaz de sentir la muerte alrededor en el diminuto cementerio de la iglesia. Él mismo debía de parecer una efigie, descansando en lo alto del muro, como esculpido en un silencio permanente, sobre una callada tumba. Jamás había salido de su pequeño pueblo para ver las grandes catedrales del país, pero sabía por los libros cómo los antiguos soberanos yacían justo así, encima de sus sepulcros elevados, para que hombres inferiores como él los contemplasen con asombro siglos más tarde.

Era la temporada del heno y había dejado el carro en el camino, justo donde se encontraba con el portillo para el paso de personas



y los campos agrícolas al final de la vieja carretera de Gosport. En la parte trasera del carro ya estaban apiladas las enormes balas, esperando que las llevaran a las granjas equinas y vaquerías que salpicaban los alrededores del pueblo, extendiéndose en una hilera desde Alton hasta East Tisted. Allí tumbado, sentía la camisa en la espalda, húmeda de sudor a pesar de que el sol era tibio y apenas apretaba; casi no eran ni las nueve y ya llevaba horas afanándose en los campos.

La multitud de jilgueros, petirrojos y herrerillos calló súbitamente como a una orden, y él cerró los ojos. Su perro había montado guardia hasta ese momento, oteando por encima del murete cubierto de musgo las ovejas que moteaban los campos más abajo, nada más pasar el salto de lobo que delimitaba el perímetro de la propiedad. Pero en cuanto la trabajosa respiración del granjero se hizo más profunda y rítmica por el sueño, el perro siguió su ejemplo y se tumbó bajo el amo en la tierra fresca del camposanto.

—Perdone.

Se despertó de golpe al oír la voz que resonaba por encima de su cabeza. Una voz de mujer. Una voz estadounidense.

Se incorporó y bajó las piernas del murete de piedra para ponerse de pie ante ella. Le lanzó un breve vistazo al rostro, miró el resto de su persona y apartó la vista de inmediato.

Daba la impresión de ser bastante joven, no pasaría de los veintipocos. Lucía un sombrero de paja de ala ancha con un lazo de color añil alrededor que hacía juego con el azul profundo de su vestido a medida. Parecía bastante alta, casi tanto como él, hasta que se percató de que llevaba los mayores tacones que jamás hubiera visto. En una mano sostenía un pequeño panfleto y en la otra, una cartera de mano negra; al cuello, una minúscula cruz colgaba de una cadenita de plata.

—Siento molestarlo, pero es usted la primera persona con la que me cruzo en toda la mañana. Estoy completamente perdida, ¿sabe?

Al hombre, que llevaba toda su vida en Chawton, de trescientos setenta y siete habitantes, no lo sorprendió. Siempre era uno de los primeros del pueblo en levantarse, justo detrás del lechero, el doctor Gray cuando lo apremiaban sus rondas y el cartero de camino a recoger el correo a la estafeta local.

—¿Sabe? —repitió la joven, mientras comenzaba a acostumbrarse a su natural reticencia—. He bajado de Londres a pasar el día. He venido en tren desde Winchester para visitar la casa de la escritora Jane Austen. Pero no la encuentro, así que al ver esta iglesita parroquial desde el camino he pensado en echar un vistazo. Para dar con algún rastro de ella, a ser posible.

El hombre volvió la vista sobre el hombro derecho hacia la iglesia, la misma iglesia a la que llevaba asistiendo toda la vida, construida en piedra de sílice y arenisca roja de la zona, protegida por hayas y olmos. Había sido reconstruida unas pocas generaciones atrás; en su interior no quedaba nada destacable de Jane Austen ni de su familia inmediata.

Luego repitió el gesto sobre el hombro izquierdo hacia los peldaños en la parte trasera del jardín que rodeaba la iglesia, a través de los cuales se vislumbraban unos altos setos de tejo, podados en forma de cono. Aun cuando era niño le había parecido que a lo que más se asemejaban era a gigantescos saleros y pimenteros. Los setos se alineaban a lo largo del jardín aterrazado ante la fachada sur de un imponente caserón isabelino construido en pendiente, con tejado a dos aguas, muros de ladrillo rojizo y un pórtico de estilo Tudor de tres plantas cubierto de enredaderas.



—La mansión está ahí detrás —dijo con brusquedad—, nada más pasar la iglesia. La Casa Grande es como la llaman. Donde vive la familia Knight. La madre y la hermana de la señorita Austen están enterradas justo aquí, ¿las ve, junto al muro de la iglesia?

El semblante de la mujer se iluminó de agradecimiento, tanto por la información como por que empezara a abrirse lentamente a la conversación.

—Ay, madre, no tenía ni idea...

Entonces los ojos comenzaron a empañársele. Se trataba del ser humano más asombroso con quien jamás se hubiera cruzado, como una modelo de las que anuncian jabón o loción para el cabello en los periódicos. Cuando asomaron las lágrimas, el color de sus iris cristalizó en algo nunca visto por él, un tono de azul casi violeta, al tiempo que las gotas se le agolpaban ante hileras de pestañas negro azabache, aún más negras que su cabello.

Apartando la mirada, intentó rodearla con cautela, mientras su perro, *Rider*, le mordisqueaba las botas llenas de barro. Caminó hasta llegar a las dos grandes lápidas de piedra dispuestas en vertical sobre el suelo. Ella lo siguió, con los tacones de sus zapatos de salón negros hundiéndose levemente en la tierra del camposanto, y él observó cómo su boca formaba en silencio las palabras grabadas en las tumbas gemelas.

Se alejó y hundió la mano en el bolsillo buscando su gorra. Retiró el mechón de cabello rubio claro que solía caérsele sobre la ceja al trabajar y lo remitió bajo la visera mientras se la echaba hacia delante y hacia abajo, por encima de los ojos. Quería alejarse de ella, de la extraña emoción que le habían despertado las tumbas sin adornos de unas sencillas mujeres fallecidas cien años atrás.



Caminó con *Rider* hasta la puerta techada de acceso al cementerio. Al cabo de unos minutos, ella reapareció por la esquina de la iglesia, aunque esta vez se detuvo a leer la inscripción de cada lápida junto a la que pasaba, como si esperase descubrir alguna otra célebre alma durmiente. De vez en cuando trastabillaba al engancharse con el tacón en alguna piedra y arrugaba levemente el ceño ante su propia torpeza. No obstante, su mirada no se desviaba de las tumbas.

Se detuvo en la puerta junto a él y miró atrás, conteniendo un suspiro. Ahora sonreía y parecía más serena, tan serena que él percibió al fin el aroma a dinero que desprendían tanto su desenvoltura como sus ademanes.

—Siento mucho lo de antes, no estaba preparada. ¿Sabe?, he venido hasta aquí en busca de la casa de campo en que escribió los libros: la mesita, la puerta que chirría —añadió, aunque él no pareció reaccionar—. No he conseguido encontrar gran cosa sobre estos aspectos mientras estaba en Londres. Mil gracias por contármelo.

Él sostuvo la puerta abierta para que la atravesase y echaron a andar de regreso a la carretera principal.

—Si lo desea, puedo acompañarla hasta la casa. Queda a kilómetro y medio más o menos subiendo por el camino. Ya he terminado de recoger el heno para la granja, antes de que hiciera demasiado calor, así que tengo algo de tiempo.

Ella sonrió. Era una gran sonrisa blanca y triunfal, el tipo de sonrisa que uno imagina solo podría ser la de una estadounidense.

—Es usted tremendamente amable, gracias. ¿Sabe?, creí que la gente no dejaría de venir, de la misma manera que estoy haciendo yo. ¿Es que no viene nadie?

Él se encogió de hombros al tiempo que aminoraba el paso para ir al de ella mientras recorrían los ochocientos metros del camino de grava que partía de la Casa Grande.

—Con cierta frecuencia, imagino. Aunque tampoco es que haya mucho que ver. Ahora no tiene más que pisos para obreros, la casa; todas las habitaciones son de alquiler.

Al volverse, vio cómo el semblante se le tensaba por la decepción. Como si quisiera alegrarla y antes siquiera de darse cuenta de lo que hacía, le preguntó por los libros.

—No estoy segura de poder responderle —repuso, mientras él señalaba el sendero, al final del cual esperaba el carro con la carga, temporalmente olvidada—. Simplemente, cuando la leo, cuando la releo, cosa que hago más que con ningún otro autor, es como si la tuviera dentro de la cabeza. Como si fuera música. Mi padre fue el primero en leerme los libros cuando era muy pequeña (murió cuando tenía doce años) y cuando la leo también lo oigo a él. Nada le hacía reír a carcajadas, nada, como lo lograban estos libros.

La escuchó divagar y luego meneó la cabeza como si no pudiera creérselo.

—¿Es que no la ha leído? —le preguntó la mujer, con una chispa de incredulidad en los ojos al encontrarse con los suyos.

—No puedo decir que me interese demasiado. Me limito a Haggard y similares. Historias de aventuras, ya sabe. Supongo que podría juzgarme por ello.

—Jamás juzgaría a nadie por lo que lee. —Captó la mirada de ironía en su rostro y añadió con otra gran sonrisa—. Aunque supongo que acabo de hacerlo.

—En cualquier caso, nunca he entendido cómo un puñado de libros sobre chicas en busca de marido podría estar a la altura de los grandes escritores. Tolstói y demás.

Ella lo miró con interés renovado.

—¿Ha leído a Tolstói?

—Solía hacerlo. Iban a mandarme a estudiar, durante la guerra, pero llamaron a mis dos hermanos a filas. Así que tuve que quedarme aquí para echar una mano.

—Entonces, ¿trabajan todos juntos en la granja?

Él apartó la mirada.

—No, señorita. Los dos están muertos. La guerra.

Le gustaba soltar las palabras así, como un corte limpio, afilado, profundo e irrevocable. Como si intentase cercenar cualquier atisbo de continuar la conversación. Pero tenía la sensación de que, con ella, esa estrategia solo invitaría a formular nuevas preguntas, por lo que se aprestó a continuar.

—Por cierto, ¿ve aquellas dos carreteras, donde se juntan? Usted vino de Winchester, por la de la izquierda, ¿no? Bueno, pues si sigue por la derecha, que es la carretera principal de Londres, llegará a Chawton propiamente dicho. Y si sube un poco más ahí tendrá la casa.

—Ay, es usted tremendamente amable. Gracias. Pero tiene que leer los libros. De verdad. Quiero decir... usted vive aquí, ¿cómo no va a leerlos?

No estaba acostumbrado a este tipo de persuasión emocional; lo único que quería era volver a subirse al carro con su heno y marcharse.

—Prométamelo, por favor, señor...

—Adam. Me llamo Adam.

—Mary Anne —le respondió, extendiendo la mano para estrechársela a modo de despedida—. Comience por *Orgullo y prejuicio*, claro. Y luego siga con *Emma*: es mi favorita. Tan atrevida y tan maravillosamente inconsciente. ¿Lo hará?

Él volvió a encogerse de hombros, se llevó la mano a la gorra para despedirse y echó a andar camino abajo. Solo se atrevió a volver la vista atrás una vez, nada más pasar el estanque donde



se encontraban las dos carreteras. La vio allí parada todavía, alta y esbelta con su vestido azul medianoche, observando la casita de ladrillo rojo, con su ventana tapiada y la puerta delantera blanca que daba directamente al camino.



Cuando Adam Berwick acabó la faena que le quedaba aquel día, dejó el carro, ya vacío, junto al portillo para el paso de personas y enfiló la carretera principal hasta llegar a la minúscula casita adosada que llevaba siendo su hogar los últimos años.

Hubo un tiempo en que la familia era mucho mayor, su padre, su madre y los tres chicos, de los cuales él era con mucho el más joven. Poseían una pequeña granja, conservada con orgullo a través de cuatro generaciones de su familia paterna. Este legado había exigido que todos los Berwick varones desempeñaran arduos trabajos manuales desde muy pequeños. Y él lo había disfrutado enormemente: la repetición, el invariable ciclo de las estaciones, el irse directamente a la cama, sin tiempo para charlar.

Pero Adam también había sido un alumno atento y diligente, que había aprendido a leer solo cuando apenas contaba cinco años de edad con los libros que su padre iba dejando por la casa, devorando absolutamente todo lo que caía en sus manos. Visitaba con su madre la localidad de Alton, más grande, siempre que se daba la ocasión. Su momento favorito, aún más que la tienda de golosinas y la enorme bola de caramelo duro que le compraba de vez en cuando, era la oportunidad de ojear los libros infantiles de la biblioteca y dar con algo nuevo que tomar prestado. Porque —y aún no entendía cómo la gente como sus hermanos no acertaba a verlo— dentro



de las páginas de todos y cada uno de los libros había un mundo completamente nuevo.

Podía desaparecer dentro de ese mundo siempre que lo necesitaba, siempre que sentía la presión del exterior, de las otras personas; una presión debida al contacto social y a las expectativas que, seguro, para los demás sería algo rutinario, pero que a él lo afectaba de una manera mucho más intensa e inexplicable. Sin embargo, también podía experimentar las cosas desde el punto de vista de otras personas, aprender lecciones con ellas y, lo que para él era más importante, descubrir la clave para tener una vida feliz. Tenía la impresión de que, más allá de su familia de rudos granjeros, había personas que existían en un plano muy distinto, cuyas emociones y deseos se movían por las líneas de un telégrafo interminable, vibrando en oídos aún desconocidos y creando pequeñas fricciones y chispas. Había muy poca fricción en su propia vida, y aún menos chispas.

Ganar la beca para ir al instituto había sido el único momento emocionante de su joven vida y se lo arrebataron en cuanto a sus hermanos los mandaron a la guerra. Él era demasiado pequeño para luchar y, según su madre, demasiado mayor para lo que ella consideraba unos estudios que no valían para nada. La guerra lo había cambiado todo, y no solo para su familia, por más que todos en el pueblo reconociesen que los Berwick habían sufrido más que la mayoría, con los dos chicos mayores caídos en el campo de batalla en el mar Egeo en 1918 y el padre muerto menos de un año más tarde por la gripe española. Ahora había una atención, tanto hacia su madre como hacia él, un profundo afecto por parte de la comunidad que, en ocasiones, era lo único que los mantenía a flote para no caer en la desesperación más profunda.



No obstante, por mucho que impidieran que se sumieran en el abismo, siempre estaban al borde. Ni él ni su madre, a pesar de la diferencia de temperamentos, parecían poseer energía para nada más que para la sumisión ante la vida; la idea de que acaso tuvieran que luchar por superar lo que les había sucedido se les escapaba. Tan solo un par de años tras la guerra, entre las deudas y el duelo y las constantes quejas de su madre, habían vuelto a vender la granja a la familia Knight con una rebaja sustancial. Durante generaciones, los Berwick habían trabajado para los Knight al servicio de la casa o como criados, su propia madre y su abuela entre ellos, y ahora Adam también se había sumado a su personal: segaba el heno cada verano y labraba los campos y plantaba unos cuantos cultivos rotativos de trigo, cebada y lúpulo.

Con el tiempo, la familia Knight, al igual que otras tantas en el pueblo, también comenzó a tener problemas financieros. Adam sentía que todos estaban unidos, que en gran medida eran interdependientes y que la venta de la granja a los Knight y su contratación formaban parte de un esfuerzo comunitario mayor por seguir adelante y sobrevivir.

Él sobrevivía al borde del abismo, o al menos actuaba como si así fuera. Pero en su interior, en el lugar al que solo los libros podían llegar, allí resistía algo profundamente ignoto junto al dolor más acerbo y más atroz. Adam sabía que esa parte de su cerebro se había cerrado al dolor en un extraño esfuerzo por protegerse, y su madre era aún peor, pues parecía no estar esperando sino morir, al tiempo que no dejaba de advertirle de lo mal que estarían las cosas sin ella a su lado. Entretanto, se limitaba a dispensarle los cuidados maternos básicos, le tenía el té y la tostada listos por la mañana y luego, como en ese momento, la cena caliente al acabar el día.



Se sentaban a la mesa, sin otra compañía, como hacían en ese instante, y él le hablaba de su trabajo y ella de que había ido al pueblo, o a Alton si era su día de hacer la compra a mitad de semana. Hablaban de todo lo habido y por haber salvo del pasado.

Pero ese día él no le habló de la joven estadounidense. No estaba seguro de lo que quería decir. Para empezar, su madre no dejaba de atosigarlo para que buscara esposa, pero aquella forastera tenía una belleza tan fuera de su comprensión que casi parecía de otro mundo. Además, también era uno de los lugares para quienes la asociación con Jane Austen era más una molestia que otra cosa. Se reservaba las quejas más amargas para los turistas y curiosos que, con bastante frecuencia, bajaban hasta el pueblecito pidiendo información, pidiendo que la vida allí fuera igual que en los libros. Como si la insignificante vida de los habitantes fuera de algún modo irreal y que lo real, lo único real e importante, lo único que jamás importaría, había sucedido hacía más de cien años.



El señor Darcy empezaba a preocuparle de verdad.

A Adam le parecía que, en cuanto un hombre advertía que los ojos de una mujer eran hermosos e intentaba escuchar subrepticamente sus conversaciones con otras personas y se veía afectado en exceso por su mala opinión de él, ese hombre iba camino de algo desconocido, lo admitiese para sí o no. Adam no sabía gran cosa de las mujeres (por mucho que su madre no dejara de repetirle que tampoco había demasiado que saber), pero se preguntaba si en la historia de la vida, igual que en la de la literatura, algún hombre había caído preso de una pasión tan



obvia y con tanta rapidez como el señor Darcy y no había hecho otra cosa que apartarla sin querer, aunque con sumo éxito.

Apreció más que nunca que su casita adosada, de dos habitaciones en cada planta, situada junto a un sendero que conducía hasta la carretera principal a Winchester, le ofreciera su propio cuarto y espacio para leer. En el austero dormitorio de techo abuhardillado estaba la sencilla cama individual (la mitad de un conjunto de dos) en la que llevaba durmiendo desde que era niño. En dos rincones opuestos había un armario de roble de un cuerpo y una cómoda antigua. Y tenía el anaquel de libros que había pertenecido a su padre: novelas de aventuras, una colección de libros juveniles y luego los grandes, como Conan Doyle, Alejandro Dumas o H. G. Wells. Pero en ese instante, al lado de su cama reposaba un volumen bastante grueso en tapa dura con la cubierta forrada, de la biblioteca, que mostraba a dos mujeres con sombrero que susurraban entre sí, mientras un hombre de pie en segundo plano aparecía imponente junto a una urna de jardín.

Lo había deslizado discretamente por el mostrador de la biblioteca solo dos días antes.

Avanzaba rápido.

Pero, por mucho que le divirtiera, el libro también lo confundía. Por un lado, se preguntaba por el personaje del padre; no creía que favoreciese al señor Bennet que se pasase todo el tiempo libre que tenía atrincherado en su gabinete o dando rienda suelta a su humor a costa de los demás. La señora Bennet era mucho más fácil de entender, pero había algo en el hogar de los Bennet que no acababa de encajar, y de un modo que no recordaba haber visto antes en la literatura. Al menos no en una gran familia. Había leído libros sobre huérfanos, y sobre traiciones entre amigos, y sobre padres que eran enviados a la cárcel de

deudores, pero las grandes tramas siempre partían de una venganza o de la avaricia o de un testamento perdido.

Los Bennet, a todas luces, simplemente no se caían bien. No era algo que se hubiera esperado en absoluto de una escritora comprometida con los finales felices. Y, sin embargo, a él le resultaba más real que nada que hubiera leído hasta entonces.

Mientras acababa el capítulo en el que Darcy le muestra su propiedad a la mujer que previamente había rechazado de manera tajante su propuesta de matrimonio, Adam por fin fue quedándose dormido. Recordó a la mujer que acababa de visitar su pueblo, la pequeña cruz que llevaba al cuello, la sonrisa blanca de triunfadora: símbolos de fe y esperanza, tristemente ausentes de su propia vida. Era incapaz de concebir el deseo de viajar tan lejos por algo tan etéreo y, sin embargo, la visitante irradiaba desde el interior una felicidad espontánea, una felicidad real, el tipo de felicidad que él siempre había buscado en los libros.

Leer a Jane Austen lo estaba llevando a identificarse con Darcy y el atronador poder de la atracción física, que hace caso omiso del propio sentido común. Lo estaba ayudando a comprender cómo hasta alguien sin grandes medios o capacidad de acción podría exigir que se lo tuviera en cuenta. Cómo es posible que hagamos el ridículo sin que nadie a nuestro alrededor nos avise necesariamente de ello.

Seguro que no volvía a ver a la americana. Pero quizá leer a Jane Austen podría ayudarlo a alcanzar un ápice de su serenidad.

Quizá leer a Jane Austen podría darle la clave.